

La inmanencia: línea de fuga semiótica*

Alessandro Zinna

Universidad de Toulouse 2, Francia

Había que llegar hasta ahí en la inversión de los valores: hacernos creer que la inmanencia es una cárcel (solipsismo...) de la que nos salva lo Transcendente.

Deleuze y Guattari

Traducción de Dominique Bertolotti Thiodat

1. La inmanencia en juego

¿Sería posible conciliar la inmanencia con la irrupción de lo imprevisto en la escena del sentido? En otras palabras, si el objeto de estudio se cierra sobre sí mismo, ¿cómo se podrían pensar los diversos cambios que sobrevienen de los impulsos externos al texto? Antes de entrar de lleno en esta aparente aporía, relacionada, como lo veremos, con una *vulgata* del sentido de *inmanencia*, será necesario, por un lado, retomar algunas de las etapas por las que pasó este concepto, y el término que lo recubre, en el establecimiento de sus distintas acepciones —no todas unívocas— y, por otro lado, definir el alcance y el valor

* Este artículo está basado en mis anteriores reflexiones que, con el título “Il primato dell’immanenza nella semiotica strutturale”, fueron presentadas en el congreso “Incidenti ed esplosioni. A. J. Greimas e J. M. Lotman. Per una semiotica della cultura”, Venecia, IUAV, 6 y 7 de mayo de 2008.

que dicho concepto asume en la semiótica estructural y en sus evoluciones más recientes.

Esta reflexión surge de un debate actual en el cual se ha puesto en tela de juicio el principio de inmanencia. Resumiendo estas posiciones, la inmanencia está amenazada por tres nuevas exigencias: 1) lo que funda la praxis enunciativa ya no es visto como un pasaje inmanente de las estructuras narrativas al discurso, sino como lo que la funda en el acto mismo de su producción siguiendo la dinámica de la interacción; 2) un regreso a la fenomenología de la experiencia y de la percepción que remitiría a lo trascendente de lo vivido; y, finalmente, 3) el sentido no es inmanente al texto sino que se construye en el trabajo de la interpretación (Rastier).

Las consecuencias de un eventual replanteamiento, incluso por parte de autores que tienen sólidas raíces estructurales, son muy diferentes de las que podrían ocasionarse poniendo en tela de juicio cualquier otro concepto de la teoría semiótica. El plano o el principio de inmanencia no es un simple concepto como cualquiera de los otros que nacen y mueren en el metalenguaje de la semiótica. En ciertos aspectos, la inmanencia es el arquitrabe sobre el cual descansa la hipótesis semiótica. Por consiguiente, evitaré tratar la inmanencia como si fuera semejante a tantas otras creaciones conceptuales filosóficas o semióticas. La inmanencia es una actitud frente a la investigación que ha producido muchos de los resultados que han alimentado las investigaciones semióticas de los últimos sesenta años.¹ Uno de los puntos que debemos aclarar es el hecho de que, en estos mismos ámbitos, a la inmanencia se le atribuyen acepciones muy distintas.

¹ Jacques Fontanille, *Pratiques sémiotiques*, París, PUF, 2008, p. 12. El autor sostiene que: “[...] el principio de inmanencia resultó ser portador de un gran poder teórico, pues la restricción que impone al análisis es una de las condiciones necesarias de la modelización y, por consiguiente, del enriquecimiento de la propuesta teórica global: sin el principio de inmanencia, no habría teoría narrativa, sino una simple lógica de la acción aplicada a motivos narrativos [...]” [Traducción libre]. La lista de las adquisiciones con la que prosigue el texto es lo suficientemente amplia y convincente.

Nuestro primer objetivo será, por consiguiente, desenredar estos diferentes sentidos. Naturalmente nada es inmutable, pero es conveniente saber qué sentido se le otorga a la *inmanencia*, es decir, saber a qué se renuncia y cuáles son las consecuencias que esto conlleva, sin que por ello tengamos que quedarnos con un concepto o un modo de pensar obsoleto.

Es por ello que, antes de tomar en cuenta a los autores que pueden ser considerados como los padres y defensores de la inmanencia, empezaré por investigar las razones de este principio en autores de los que no se sospecha connivencia alguna con la hipótesis estructural. Para lo cual haré una retrospectiva en el tiempo, sin pretender, en este intento de reconstrucción, ser exhaustivo.

2. Inmanencia y pensamiento filosófico

El inmanentismo posee una noble historia, una larga corriente que coincide con el hecho de deslindarse de lo que se ha definido, con justa razón o no, como el *pensamiento racional*.

En su libro *De Tales a Platón*, en parte dedicado al estudio de cómo se realiza el pasaje del pensamiento mítico al pensamiento filosófico, Cassirer había observado que existía, de manera gradual, una “evolución inmanente del pensamiento en sí, en su necesidad objetiva y en su conclusividad tangible y consecuencial”.² En términos de Cassirer, la *conclusividad* es la ausencia de trascendencia que se abre camino en el pensamiento griego. En el largo recorrido que termina con el distanciamiento del pensamiento mítico, Cassirer observa de qué manera esta nueva actitud, manifiesta sobre todo en el discurso, constituirá la base de lo que llamamos *pensamiento racional*. Las primeras

² Ernst Cassirer, “Die Philosophie der Griechen von den Anfängen bis Platon”. En M. Dessoir, *Die Geschichte der Philosophie*, Berlín, Verlag Ullstein GmbH, 1925 [Traducción libre al español de la versión italiana: *Da Talete a Platone*, Bari, Laterza, 1992, p. 8].

huellas de tal actitud son visibles en las reglas de producción del discurso filosófico:

Con lo cual este principio de la inmanencia que constituía desde el inicio una línea de demarcación entre el pensamiento mítico y el pensamiento filosófico, finalmente ha encontrado una expresión precisa y unívoca.³

La primacía de la inmanencia también es lo que Deleuze y Guattari reconocen en el pensamiento filosófico naciente.⁴ En muchos aspectos, el modelo griego es una excepción con relación a otras formas de pensamiento teosófico que se desarrollaron en distintas zonas geográficas: los griegos, al alejarse de la trascendencia, crearon un plano de inmanencia para construir esa nueva modalidad de pensamiento. Como lo recuerda Lotman,⁵ además del discurso, este pensamiento se expresará de acuerdo a las mismas reglas del discurso histórico. A partir de Erodoto, la causa de los acontecimientos ya no es atribuida a la intervención de los dioses, sino que se trata de encontrarla en las condiciones y en las acciones de los seres humanos. Con la separación del plano inmanente aparecen, por un lado, la argumentación filosófica, y, por el otro, la búsqueda de la verdad histórica.

En sus trabajos, Deleuze y Guattari hacen muchas referencias al valor de la inmanencia. En particular, en su último libro *¿Qué es la filosofía?*, en el que reconocen a Spinoza como el padre del inmanentismo. Con anterioridad, Deleuze había dedicado la segunda parte de su texto: “Spinoza y el problema de la expre-

³ *Ibid.*, p. 22 [Traducción libre].

⁴ “El plano de inmanencia no es un concepto, ni el concepto de todos los conceptos. [...] Los conceptos son como las olas múltiples que suben y bajan, pero el plano de la inmanencia es la ola única que los enrolla y desenrolla”, Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, col. Argumentos, 1993, p. 39.

⁵ Juri Lotman, “¡Fin! ¡Cómo resuena esta palabra!”, en *Cultura y explosión: lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*, Barcelona, Gedisa, 1999.

sión” al “paralelismo y la inmanencia”, al tratar el problema de la causa emanativa y la causa inmanente.

Por otra parte, “El plano de la inmanencia” es el título de un largo capítulo del libro *¿Qué es la filosofía?* Especialmente, en estas páginas, los autores oponen la filosofía al arte y a la ciencia sobre la base del despliegue de diversos planos. En esta triple oposición, el arte y la filosofía necesitan construir, por un lado, un plano de *creación* para la variación de las percepciones (el arte) y, por otro, un plano de *inmanencia* para la invención de los conceptos (la filosofía). En lo que atañe a la ciencia, para legitimar su existencia esta última debe instituir un plano de *referencia*. En el discurso de Deleuze y Guattari la inmanencia se opone, por un lado, a la trascendencia (como punto de separación del pensamiento religioso) y, por el otro, a la referencia, como horizonte de las ciencias. Con respeto a la creación de los perceptos y los conceptos, la ciencia propone la búsqueda de las funciones, distinguiéndolas en constantes y variables. Pero, al mismo tiempo, el plano de referencia es el de la veracidad de los hechos que se tienen que reconstruir en la historia. La nueva exigencia de desplegar los conceptos o de reconstruir los acontecimientos tal como sucedieron es el resultado del plano de la inmanencia, pero también su primer intento de diferenciarse del plano de referencia.

El discurso histórico juega constantemente entre estos dos planos. Por un flanco, tenemos el plano de referencia, el cual está constituido por los hechos que acaecieron. Esta “presuposición de existencia” es —como decía Barthes para distinguir la fotografía de la pintura— el fundamento de cada discurso histórico. La presuposición de existencia no es otra cosa que el despliegue del plano de referencia. Además, el discurso histórico precisa ser inmanente, porque sobre la base de los acontecimientos construidos como hipótesis, elabora las explicaciones atribuyéndoles causalidades. Esta doble necesidad del discurso histórico, al mismo tiempo de un plano de referencia y de un plano de inmanencia, es fácilmente reconocible en el ensayo de apertura del

volumen de Lotman y Uspenskji dedicado a “Semiótica e historia”, en el que se identifican, tanto en los acontecimientos como en las causalidades, los dos ejes del discurso histórico. Podemos entenderlo mejor con el siguiente ejemplo: “JFK fue asesinado mientras su vehículo circulaba por las calles de Dallas”. Esta frase pertenece a la categoría del acontecimiento; mientras que: “X disparó al Presidente, por ende X provocó la muerte de JFK” es ya una causalidad, una creación del discurso histórico que establece una relación entre dos acontecimientos, es decir: “JFK fue asesinado mientras su vehículo circulaba por las calles de Dallas” y “X disparó mientras pasaba el Presidente”.

Según Deleuze:

El plano de la inmanencia no es un concepto pensado ni pensable, sino la imagen del pensamiento, la imagen que se da a sí mismo de lo que significa pensar, hacer uso del pensamiento, orientarse en el pensamiento [...].⁶

El inmanentismo sirve para “orientarse en el pensamiento”. No hay que olvidar que una de las síntesis más incisivas del estructuralismo ha sido propuesta por el propio Deleuze en su texto “À quoi reconnaît-on le structuralisme” (“¿A qué le reconocemos el estructuralismo?”). Pero también Deleuze y Guattari dedican al estructuralismo las páginas más críticas, por ejemplo, las contenidas en *La imagen-movimiento* y en *Mil mesetas*, en las que los autores toman postura por una semiótica dinámica de las variaciones, del acontecimiento y de los *agenciamientos colectivos de enunciación*. Sin olvidar que el suceso, según los autores, es un modelo impersonal o pre-individual, en el que el verbo en infinitivo no indica el tiempo y la persona, sino únicamente la continuación o el devenir del proceso en curso.⁷ Por

⁶ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *op. cit.*, p. 41.

⁷ Juri Lotman, *op. cit.* Regresaremos a continuación a los modelos del *tempo* y a la individualización de la transformación (basta recordar las observaciones de Lotman sobre lo impersonal en la historia de la tecnología).

el otro flanco, en *Lógica del sentido*, Deleuze ya había escrito algunas de las observaciones más pertinentes sobre el *suceso* y el *tempo*, consignando ciertas consideraciones en cuanto a la doble temporalidad de los griegos: Kronos vs Ayon, es decir, el tiempo comprendido como sucesión del instante presente, por una parte, y, por la otra, el tiempo pasado-futuro del devenir. De la misma manera, en las numerosas páginas de estos dos filósofos se pone de relieve el elogio de la literatura de Kafka, Miller o de Kerouac, vista como práctica de la puesta en variación, de un devenir por ausencia de programación. No obstante, en la crítica al carácter estático del estructuralismo, en la búsqueda de las constantes más que de las variaciones, en la búsqueda de la praxis y de los agenciamientos colectivos de la enunciación, Deleuze preserva el plano de la inmanencia, a pesar de que promueve una semiótica de la variación del evento y de la praxis enunciativa, sin olvidar la experiencia sensible.⁸

Al final de *¿Qué es la filosofía?*, Deleuze y Guattari concluyen preguntándose si no es preciso propender al nacimiento de un nuevo dispositivo que concilie el concepto y la función y, deberíamos agregar, que concilie el plano de la inmanencia y el plano de referencia. Ésta es la posición de la semiótica hjelmsleviana, la que, basándose en la inmanencia y sus conceptos, entendidos como una construcción metalingüística, pretende aislar las funciones constantes de las variables en el lenguaje-objeto, el cual constituye el plano de referencia de la descripción. La descripción misma será entonces el resultado del encuentro entre la inmanencia del metalenguaje y el plano de referencia del lenguaje-objeto. En esto, la semiótica de Hjelmslev asume las connotaciones que Deleuze y Guattari le reconocen a la actitud

⁸ Precisamente en *Mil mesetas* escribirá: “Hay variables de expresión que ponen la lengua en relación con el afuera, pero precisamente porque son inmanentes a la lengua”. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1997, p. 87. Por otra parte, los autores adoptan en estas páginas el modelo de estratificación de los planos propuesto por Hjelmslev.

científica: en su calidad de construcción metalingüística la descripción semiótica se relaciona con un plano de referencia que se convierte en el objeto mismo que será sometido al análisis. Aquí se plantea la primera pregunta sobre el sentido que se le tendría que dar a la inmanencia.

La inmanencia puede ser considerada como: 1) una *limitación* impuesta al *lenguaje-objeto* para poder describirlo. Si, por el momento, nos enfocamos en esta primera acepción, el inmanentismo puede ser también considerado como: 1a) una limitación de sólo las *constantes*, excluyendo las *variables* (la *lengua* vs el *habla*, la *forma* vs la *sustancia*); o 1b) el postulado de *clausura del objeto* con relación a las condiciones externas. Y, finalmente, la inmanencia puede ser considerada como 2) una propiedad atribuida al *metalenguaje* de descripción. A este respecto, antes de tomar una posición es necesario recordar, fielmente, aunque sin caer en los lugares comunes, los planteamientos de uno de los pioneros de la semiótica inmanente.

3. La inmanencia según Hjelmslev

Dado que, según mi entender y a pesar de las atribuciones de los críticos, Saussure nunca se ha pronunciado sobre el inmanentismo, así como tampoco jamás ha hecho referencia al término de *estructura*, entonces es forzoso determinar qué se entiende por *inmanencia* en un ámbito ya no filosófico, sino semiótico, empezando por recordar qué dijo concretamente Hjelmslev sobre este punto.⁹

Los *Prolegómenos* empiezan y terminan con una cita acerca de la inmanencia. Reproduzco a continuación ambos pasajes, el primero que está en los inicios del volumen y el segundo, reproducido más adelante, que lo cierra:

⁹ Un pasaje que resume este aspecto también se encuentra en “La estratificación del lenguaje”. En Louis Hjelmslev, *Ensayos lingüísticos*, Madrid, Gredos, 1972.

El estudio del lenguaje, con sus múltiples metas, en lo esencial transcendentes, tiene muchos seguidores; la teoría, con su meta puramente inmanente, pocos [...] Al evitar el punto de vista transcendente hasta aquí prevalente y buscar una comprensión inmanente del lenguaje, en cuanto estructura auto-subsistente y específica [...] así como una constancia dentro del lenguaje mismo, y no fuera de él [...] la teoría lingüística empieza por limitar el alcance de su objeto [...].¹⁰

De esta manera, vemos las dos primeras limitaciones que habíamos mencionado con anterioridad: el lenguaje como “constante” de la forma en menoscabo de la sustancia (acepción 1a); y el lenguaje como “estructura autosuficiente” que excluye lo extralingüístico (acepción 1b). La inmanencia se opone entonces a la apertura y a la variabilidad. En otro trabajo he demostrado que, para Hjelmslev, esta clausura no debe ser considerada como el límite que separa las dependencias de las independencias (en el sentido de que el lenguaje es un sistema de dependencias internas y, como tal, resulta independiente del contexto). Más bien se trata de la diferencia que existe entre dependencias homogéneas y dependencias heterogéneas (las relaciones internas del lenguaje son homogéneas, mientras que las que derivan de factores extralingüísticos deben ser consideradas como heterogéneas con respecto a las relaciones de los elementos del lenguaje).¹¹ Citando este pasaje de los *Prolegómenos*, se omite a menudo el siguiente párrafo:

¹⁰ Louis Hjelmslev, *Omkring sprogteoriens grundlæggelse*, Festschrift udgivet af Københavns Universitet (noviembre), 1943. Publicado al mismo tiempo por separado, Copenhagen, Ejnmar Munskgaard, traducción al inglés: *Prolegomena to a Theory of Language*, Suplemento al *International Journal of American Linguistics*, I. Indiana University, publicado en *Anthropology and Linguistics*, Memoir 7 of the IJAL, 1953. Segunda edición, 1961, Madison, University of Wisconsin Press (traducción al inglés de F. J. Whitfield, revisada y aprobada por el autor). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 15, 18 y 35.

¹¹ Alessandro Zinna, “Il concetto di *forma* in Hjelmslev”, *Atti del colloquio Hjelmslev a cent'anni dalla nascita*, *Janus*, n. 2, a cura di R. Galassi, M. De Michiel, Quaderni del Circolo Glossematico, Padova, II Poligrafo, 2002.

Esta restricción es necesaria, pero sólo constituye una medida temporal y no implica la reducción del campo visual, ni eliminación alguna de factores esenciales en la totalidad global que constituye el lenguaje. Únicamente implica una división de las dificultades y una progresión de lo simple a lo complejo, en conformidad con la segunda y tercera reglas de Descartes.¹²

Empecemos por aclarar un malentendido. No se trata, pues, de una exclusión de lo trascendente, lo cual para Hjelmslev quiere decir en primer lugar la exclusión de la sustancia y luego de lo extralingüístico, o sea de todos los factores de variaciones que hacen depender el lenguaje y la significación de condiciones accidentales, contextuales o sociales, desde la pronunciación del locutor a la práctica de uso. Hjelmslev no dice que el inmanentismo es la clausura del objeto, o que la variación introducida por la sustancia o por el uso no es pertinente, sino que, como en un orden de procedimiento, reenvía el análisis de la variación a un segundo momento, una vez identificados los elementos constantes. Como sucede a menudo, se tiende a subestimar el valor de procedimiento de la epistemología hjelmsleviana. A continuación presentamos el segundo pasaje, el que cierra los *Prolegómenos*:

En su punto de partida, la teoría lingüística se estableció como inmanente, siendo la constancia, el sistema y la función interna sus metas únicas, aparentemente a costa de la fluctuación y del matiz, de la vida y de la realidad física y fenomenológica concretas. Una restricción temporal del campo visual fue el precio que hubo que pagar para arrancarle al lenguaje mismo su secreto. Pero precisamente a través de este punto de vista inmanente y en virtud del mismo, el lenguaje pasa a ocupar de nuevo una posición clave en el conocimiento. En lugar de ser un obstáculo para la trascendencia, la inmanencia le ha dado una base nueva y mejor; la inmanencia y la trascendencia se reúnen en una unidad superior sobre la base de la inmanencia.¹³

¹² Louis Hjelmslev, *op. cit.*, p. 35.

¹³ *Ibid.*, p. 176.

No olvidemos que este aspecto es común a otras ciencias. Así, cuando los físicos trabajan sobre las moléculas sub-atómicas, cierran por completo el sistema, tienden a estabilizar todas las variables para comprender el comportamiento de este tipo de partículas. Sólo así pueden entender cuáles son los comportamientos intrínsecos y cuáles son ocasionales, y sólo así, mediante homologaciones oportunas entre micro- y macrocosmos, pueden formular conjeturas en cuanto a los orígenes del universo. En otras palabras, solamente ahora se puede ofrecer una base más sólida para la trascendencia.

En todo caso, nadie considera como necesaria esta clausura, y, de hecho, una clausura de este tipo ni siquiera era prevista en una de las versiones más rígidas y caricaturescas del inmanentismo atribuidas a Hjelmlev. Más bien, si no está en juego la clausura, sino el antecedente temporal en el análisis, se trata entonces de entender dónde poner el límite de las dependencias de un objeto de análisis. Ciertamente es necesario incluir el texto, pero también es preciso considerar el contexto de uso, así como los objetos, la práctica, los estilos de vida y la identidad de los locutores... El punto es que en todos los casos, el objeto de análisis empieza donde termina el reconocimiento de dichas dependencias, sean éstas homogéneas o heterogéneas, es decir, pertenecientes al mismo sistema o a sistemas distintos. De ahí que la pregunta obligada sea saber cómo conciliar los niveles heterogéneos que parecen trascender la sustancia para hacerla disponible en una nueva forma y en un nivel superior; y “¿qué sucede cuando las dependencias no son predeterminables?” Pensemos en el surgimiento de eventos explosivos e imprevisibles que obligan a variar los límites del objeto de estudio. La mayoría de las veces, como lo veremos, esta pregunta nace del nivel de pertinencia prestablecido o de la posición temporal que se asume para describir un evento.

4. La inmanencia según Lotman

En un primer momento, Lotman ha sido partidario de la versión rígida del inmanentismo, pero, muy rápidamente ha desechado esta hipótesis para interesarse en la interacción entre los sistemas en el estudio de las culturas. Así, en *Tesis sobre el estudio semiótico de la cultura*, él y Uspenskji escriben: “Los sistemas de signos individuales, aunque presuponen estructuras organizadas inmanentemente, funcionan solamente en unidad, apoyados unos en otros”.¹⁴ Y, posteriormente, en *Cultura y explosión*, al retomar precisamente este problema, escribirá que:

El estructuralismo tradicional se basaba en un principio formulado ya por los formalistas rusos: el texto era considerado como un sistema cerrado, autosuficiente, organizado de manera sincrónica. Era presentado como aislado no sólo en el tiempo, del pasado y del futuro, sino también espacialmente, del público y de todo aquello que se situara fuera del texto mismo. La fase contemporánea del análisis estructural-semiótico ha vuelto más complejos estos principios.¹⁵

Así, en el capítulo “Estructuras internas e influencias externas”, Lotman sostiene que:

La dinámica cultural no puede ser presentada ni como un aislado proceso inmanente, ni en calidad de esfera pasivamente sujeta a influencias externas. Ambas tendencias se encuentran en una tensión recíproca, de la cual no podrán ser abstraídas sin la alteración de su misma esencia.¹⁶

Y Lotman también escribe: “el intercambio con la esfera extrasemiótica constituye una inagotable reserva de dinamismo”.¹⁷

¹⁴ Juri Lotman, B. Uspenskji *et al.*, “Tesis para el estudio semiótico de la cultura”, *Revista Entretextos*, núm. 7, mayo 2006 [<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/pdf/entre7/tesis.pdf>].

¹⁵ Juri Lotman, *Cultura y explosión*, traducción de Delfina Muschietti, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 27.

¹⁶ *Ibid.*, p. 181.

¹⁷ *Ibid.*, p. 160.

5. Inmanencia y *tempo*

Uno de los límites de la diacronía saussureana consiste ciertamente en haber adoptado un modelo *retrospectivo*. Este modelo conduce a constatar la transformación una vez que ésta ha sucedido, deduciéndola de la comparación entre dos estados sincrónicos. El punto de vista epistemológico sigue, por ende, al evento.

La irrupción de una transformación es, entonces, siempre del orden de lo previsible, siendo que el punto de vista adoptado es retrospectivo. De este modo, nada parece ser improbable, como diría Lotman, pero, como en el discurso histórico, todo es, de una manera u otra, explicable y, en consecuencia, más o menos reconstruido según sea necesario. Uno de los puntos sobre el que se abre el debate es: “¿podemos adoptar otro punto de vista, un punto de vista que considere el acontecimiento mientras está a punto de producirse?” Así, Saussure llamaba a esta diacronía *prospectiva* excluyéndola del estudio de la lengua. Y, es, sobre todo, desde este punto de vista que los acontecimientos resultan ser probables o improbables. Ahora bien, injustamente Rastier reprocha a Hjelmslev de no tomar en cuenta la diacronía.¹⁸ Aparte de las consideraciones que Hjelmslev hace al respecto en el volumen editado de manera póstuma con el título elocuente de *Sistema lingüístico y cambio lingüístico* (1934, la versión original)¹⁹ y en *El lenguaje* (1963), que contiene amplias discusiones sobre la lingüística genética; en el ensayo “Animado e inanimado, personal y no personal” (1956), el autor propone una reconstrucción de la relación entre los miembros de la categoría del género y presenta numerosas observaciones del orden diacrónico que le permiten mostrar la existencia de las tendencias de un sistema. Es decir, la probabilidad de que un acontecimiento —o

¹⁸ François Rastier, *Artes y ciencias del texto*, trad. de Enrique Ballón Aguirre, Madrid, Biblioteca Nueva, Siglo XXI, “La voluntad de ruptura en la historia es redoblada por una ruptura con la diacronía”, 2012, p. 75.

¹⁹ La versión en español fue publicada por Gredos en 1976 y traducida por Berta Pallares de R. Arias.

un suceso— del orden de la transformación gramatical, que haya permanecido latente en los estados precedentes *se reactualice* en las lenguas eslavas contemporáneas. Así, Hjelmslev hablaba de tendencias y de capacidades de previsión de la teoría, particularmente en este enfoque de diacronía prospectiva preconizada por Saussure. Por otra parte:

El momento de la explosión —escribía Lotman en *Buscar el camino*— se ubica en la intersección entre el pasado y el futuro, en una dimensión casi atemporal. Su naturaleza cambia según el punto de vista que adopta el observador que lo describe.²⁰

Ahora bien, la pregunta es la siguiente: “¿estos tiempos de la observación, que posicionan al sujeto epistémico en el pasado, en el presente o en el futuro, son compatibles con la inmanencia?” Ahí es donde los puntos de vista divergen. ¿Cuál es la inmanencia de un suceso futuro?

En el ensayo “Immanence et transcendance dans la catégorie du verbe”, Gustave Guillaume sostenía que:

El tiempo que se va es tiempo que ha alcanzado el ser y que llamaremos, por esta razón, el tiempo inmanente. El tiempo por venir, por el contrario, es un tiempo que no ha alcanzado el ser y que llamaremos, por esta misma razón, el tiempo trascendente.²¹

El futuro, a los ojos de Guillaume (traslado aquí las importantes consideraciones sobre el *aoristo*), es un tiempo trascendente por el simple hecho de que el acontecimiento todavía no se ha producido. Si lo probable implica una relación con el tiempo futuro, diría Guillaume, entonces implica una relación con un suceso trascendente en el sentido de que todavía no ha tenido

²⁰ Juri Lotman, “Processi esplosivi”, en *Cercare la strada*, Venezia, Marsilio, 1994, p. 35 [Traducción libre].

²¹ Gustave Guillaume, « Immanence et transcendance dans la catégorie du verbe », en AA. VV., *Essais sur le langage*, Paris, Minuit, 1969, p. 212 [Traducción libre].

lugar.²² Pero, ¿lo probable y lo improbable implican siempre una relación con el futuro? O bien, como lo afirmaba entre líneas Lotman, ¿sería necesario tener el valor de atribuir, también a la categoría de lo improbable, los acontecimientos que han sucedido? Esta idea de Lotman —según la cual la sucesión de los acontecimientos en la historia es a menudo narrada como una relación causal necesaria— postula, de hecho, la posibilidad de escribir una historia alterna en la cual se afirma lo siguiente: algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar han sido fruto de una coincidencia de eventos altamente improbables. La lección de Lotman, en muchos aspectos, indica que los juicios de probabilidad o de improbabilidad —dados por la atribución de causalidades— no sólo pertenecen a la posición epistémica del sujeto ubicado en la diacronía prospectiva, sino que tales juicios deberían ser pertinentes, incluso en aquella mirada —necesariamente retrospectiva— desde la que se escribe la historia.

6. La inmanencia según Greimas

En *Semántica estructural*, Greimas dedica un largo párrafo al “Universo inmanente de la significación”. Es precisamente en estas páginas que se reestructura el valor de la *inmanencia*, valor ya no opuesto a la apertura o a la trascendencia, sino a la *manifestación*.

La generación del sentido, la construcción de los semas del nivel semántico y semiológico (es decir los semas abstractos y figurativos) serían inmanentes con relación a su manifestación en los sememas expresados por los lexemas del discurso. Es ahí donde Greimas agrega que “el universo de la inmanencia y el universo de la manifestación [...] no son más que dos modos

²² Coquet diría que el tiempo futuro implica el tercer actante. Jean-Claude Coquet, *Le discours et son sujet*, t. 1, « *Essai de grammaire modale* », Paris, Klincksieck, 1984.

diferentes de existencia de la significación”.²³ Dejemos, por el momento, de lado la relación entre la inmanencia y la existencia semiótica. Concentrémonos, por ahora, en otro aspecto que se insinúa entre las páginas de la *Semántica estructural*: la inmanencia parece ser, a primera vista, una prerrogativa sólo del plano del contenido. Incluso podríamos pensar, después de una primera lectura ingenua, que el contenido es inmanente y que la expresión constituye su manifestación. Pero es obvio que esto no es así. Antes que nada porque, para Greimas, está en juego el universo de la significación y no el del contenido. En esta incipiente teoría de la significación, el nivel semiológico es aquel en el que se construyen las categorías figurativas que constituirán el plano mismo de la expresión. Quien, hoy en día, critica la oposición entre sensible e inteligible —sobre la base de la teoría de la percepción, según la cual, como conviene recordarlo, la oposición entre expresión y contenido no tendría justificación, puesto que en la percepción ya está el sentido de la expresión— olvida que, gracias a la autonomía del nivel semiológico, lo figurativo constituye los elementos mismos del plano de la expresión. Lo figurativo no se encuentra en el plano del contenido o de la expresión, sino en el plano de la inmanencia que construye a ambos planos del lenguaje. Por esta razón, la oposición pertinente, para Greimas, no es la oposición entre inmanencia y trascendencia, sino la oposición entre inmanencia y manifestación. Dicha distinción es la única que antecede la división entre expresión y contenido y, en definitiva, depende de la introducción de un tercer término que conecte la estratificación desconectada de los planos: es decir el manifestante.

Así, si bien en la *Semántica estructural* la relación entre inmanencia y manifestación aparece con toda su complejidad, la encontramos, sin embargo, de manera clara y, hasta cierto punto, simplificada, en el ensayo introductorio del trabajo

²³ Algirdas Julien Greimas, *Semántica estructural. Investigación metodológica*, trad. de Alfredo de la Fuente, Madrid, Gredos, 1987, p. 159.

colectivo titulado *Ensayos de semiótica poética*.²⁴ Siendo que el modelo propuesto no opone directamente la manifestación a la inmanencia, en cuanto a la génesis distinta e isomorfa de los dos planos, resulta claro que la oposición se encuentra entre una inmanencia del plano de la expresión y una inmanencia del plano del contenido.

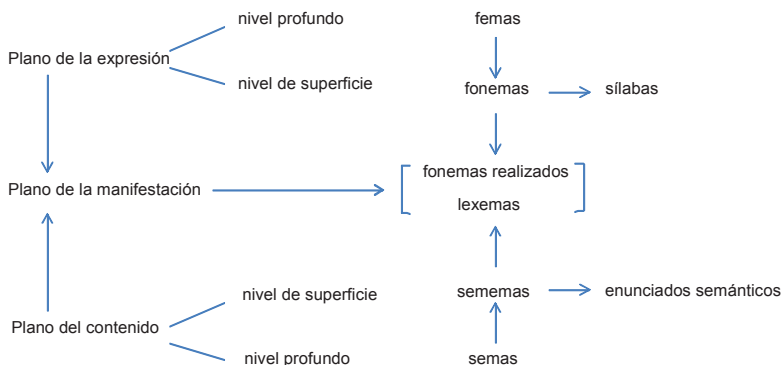


Fig. 1. Esquema de la manifestación según Greimas
(Ensayos de semiótica poética)

Tal como lo aclararon Greimas y Courtés en el *Diccionario*, la inmanencia es vista como “una construcción del metalenguaje”. En otras palabras, este metalenguaje aparece estratificado si bien no por niveles generativos de profundidad, ciertamente por la progresión de lo simple a lo complejo: de los semas a los semantemas, hasta las cadenas lexemáticas; de los fonemas a las sílabas, a la sucesión de los elementos de la cadena fónica; en resumen, de la virtualidad del sistema a la actualización y a la composición de los elementos del proceso. Como sostienen Deleuze y Guattari en *Mil mesetas*, el plano de la inmanencia es “feuilleté” (en capas o estratos).

²⁴ Algirdas Julien Greimas, *Ensayos de semiótica poética*, Barcelona, Planeta, 1976.

7. Inmanencia y modos de existencia

Ahora bien, hay otro aspecto que entra en juego, el cual opone la inmanencia ya no a las distintas formas de apertura o de trascendencia, sino a la manifestación. Se trata de los modos de existencia a los que adhiere Greimas en la *Semántica estructural* y que llegaron, una vez más, a través de los *Prolegómenos* de Hjelmslev. De cierta manera, el modo de existencia de la inmanencia es de signo contrario al de la manifestación.²⁵ Dado que proceso y sistema son las dos jerarquías sintagmáticas y paradigmáticas en cada uno de los planos, podríamos representar así esta organización:

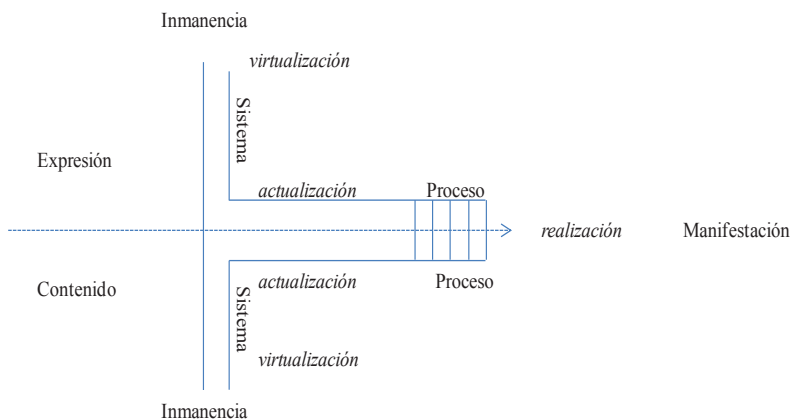


Fig. 2 – Una propuesta de interpretación de la oposición Inmanencia / Manifestación

En efecto, la oposición entre inmanencia y manifestación se basa en el modo de existencia que opone lo *no realizado* a

²⁵ Gilles Deleuze, en “¿En qué se reconoce el estructuralismo?” enfatiza: “La génesis, como el tiempo, va de lo virtual a lo actual, de la estructura a su actualización [...]”, trad. de Juan Bauzá y María José Muñoz: <http://www.apertura-psi.org/correo/textos/Deleuze00.doc>

lo *realizado*. De manera sintética, podemos llamar inmanentes únicamente a dos (o tres) modos de existencia: el *virtual* y el *actual* (a estos dos primeros modos, en fechas más recientes, se les ha agregado un tercero: el *modo potencial*). Esto sucede en una semiótica que prevé una progresión de los modos de existencia que conducen de lo no realizado a su realización (o a su sucesiva negación, tal como pasa en las operaciones de montaje audiovisual, en las que las cadenas ya realizadas son a su vez potencializadas para construir una nueva semiosis). Una de las consecuencias más importantes del hecho de poner a discusión la inmanencia en su totalidad, sin hacer distinción entre sus acepciones, es la de poner en tela de juicio los modos de existencia semiótica.

8. Inmanencia y praxis enunciativa

Como se sabe, para Greimas, la enunciación es el pasaje de las estructuras narrativas al discurso. Como tal, la que toma el nombre de *enunciación enunciada* se resuelve enteramente en la inmanencia del plano del contenido.

La hipótesis de la *praxis enunciativa*, por el contrario, pretende tomar en cuenta todos aquellos aspectos pragmáticos vinculados con el acto mismo del producir, considerados en el momento en el que se produce. Ahora, visto como oposición entre inmanencia y manifestación, la praxis enunciativa no sólo no se opone ni se resuelve dentro de la inmanencia del contenido, sino que más bien recoge precisamente el pasaje de la inmanencia a la manifestación. Mediante la praxis, la que, por cierto, tal vez deberíamos llamar *productiva*, podemos explicar los fenómenos de *reprogramación* del proyecto inmanente. Así, en la interacción física y perceptiva con el mundo y con los demás sujetos, el actor modifica su comportamiento somático o comunicativo en función de los escenarios percibidos. En esta perspectiva, lo imprevisto es todo aquello que altera y obliga a reprogramar la acción somática al transfor-

mar la praxiología, el acto o la finalidad misma del acto con relación a la retroalimentación de la escena predicativa. Un evento puede conducirnos a cambiar la táctica (por ejemplo mediante el discurso), la estrategia (con relación al programa a seguir) o incluso el objetivo (en los casos extremos, nos conduce a cambiar de objeto de valor). En términos de Deleuze, la praxis enunciativa está abierta al devenir.

En este sentido, la enunciación enunciada y la praxis enunciativa no son dos teorías en competencia, sino que más bien reflejan dos modos a la vez distintos y complementarios de considerar la puesta en discurso y la acción significativa, respectivamente. La primera parte proporciona una programación preventiva de valores, de la finalidad de la acción y de la jerarquización de las tácticas, eligiendo el tiempo, el espacio y los actores; mientras que la segunda da cuenta de la improvisación y de la capacidad de adaptarse a los cambios del contexto, a los imprevistos o a los cambios de los acontecimientos. En ciertos aspectos, estas teorías reflejan la oposición entre un discurso programado, como generalmente lo es el discurso escrito, y otro, más próximo a la improvisación, lo cual es una característica del discurso oral. Esto no impide el hecho de que si la acción en respuesta a lo imprevisto puede ser considerada como sensata, es porque la *reprogramación enunciativa* es la respuesta inmanente a la imposibilidad de prever los acontecimientos en situación.²⁶ Si bien, en un inicio nos hemos planteado el problema de conciliar la inmanencia y la imprevisibilidad, no olvidemos que la reflexión sobre los fenómenos de reprogramación sigue siendo una respuesta inmanente al surgimiento de lo imprevisto.

²⁶ Cuando el cambio surge en un nivel más superficial, tendremos lo que Eric Landowski llama el *ajuste*. Cf. Eric Landowski, París, PUF, 2004.

9. La inmanencia como “plano en capas”

Uno de los aportes más relevantes en cuanto a la praxis enunciativa se debe a Jacques Fontanille. Este autor propone tantos niveles de inmanencia como los que corresponden a cada nivel de pertinencia reconocida, y en el siguiente orden: signos, textos-enunciados, objetos, escenas prácticas, estrategias y formas de vida. Ahora bien, siendo que los niveles están enmarcados, es necesario imaginar una jerarquización de los planos de la inmanencia. Así, el punto que debemos aclarar es el siguiente: ¿necesitamos muchas inmanencias o una sola “en capas” según la cantidad de niveles de pertinencia?²⁷

La ventaja de un modelo integrado de semióticas, que participan en la creación de un mismo manifestante, reside en el hecho de poner en relación los niveles sin pasar por una trascendencia. La integración entre las semióticas ya no dependería del montaje sincrético, sino de la integración entre los niveles: el nivel inferior es una forma que, según el pasaje ascendente, se convierte en una sustancia. Así, los objetos poseen programas virtuales sugeridos por sus formas; en el nivel de la práctica, estos programas virtuales se actualizan y se realizan gracias a la sustancia gestual de las acciones. Como tal, este pasaje, que se convierte en una sustancia en el nivel superior, comporta una individualización (un actor que realiza los gestos) y una singularidad (un acto que ya no es genérico).²⁸ A su vez, al estudiar dichos gestos, estos

²⁷ En un libro que es sumamente importante, por varias razones: 1) Abre perspectivas de investigaciones sobre los modos de integración de los fenómenos previamente atribuidos al contexto o al sincretismo; 2) los distintos niveles se introducen sobre la base de una articulación paradigmática detallada; y 3) la investigación abre un puente hacia la sociología de las prácticas y la filosofía de la ética.

²⁸ La pregunta inicial que nos podemos hacer con justa razón es la siguiente: ¿A partir de qué propiedades es posible establecer un nivel de pertinencia y, por ende, un plano de inmanencia? La primera articulación que se propone es entre figuras, signos y textos. Pero ¿por qué reconocer un nivel de pertinencia diferente entre figuras, signos y textos y no entre figuras y signos, al menos considerando

pueden regresar a la forma a través de los constantes reconocimientos en la práctica. Cuando examinamos los objetos (rasuradora, utensilios, automóviles), pasamos de una idea de acción inherente al objeto a un reencuentro concreto proporcionado por la experiencia y la práctica de uso. Un programa de este tipo es coherente con la idea de Hjelmslev según la cual una sustancia, en otro nivel de pertinencia, sigue estando disponible para una nueva forma.²⁹ Ahora bien, en cuanto al modelo, falta analizar, por una parte, los criterios para establecer los niveles de pertinencia y, por la otra, la atribución de un plano de inmanencia a cada uno de los niveles conocidos.

En la argumentación, los niveles de pertinencia están justificados por el recurso a la experiencia. Pero debido a que esta noción no viene con una verdadera definición, si queremos tomarla en su sentido común, se puede objetar que si no estamos dispuestos a reconocer la experiencia de las figuras, por ejemplo, plásticas o cromáticas, entonces tampoco existe la experiencia de los signos aislados. De hecho, sólo se puede tener una experiencia de las figuras o de los signos en la sucesión del texto-enunciado. Entre figuras, signos y textos, únicamente hay una diferencia de tamaño y, cuando forman parte de un mismo sistema de dependencia, estas unidades de análisis se basan en las relaciones homogéneas. Mientras que, más que el tamaño de los elementos, los niveles de pertinencia deberían ser diferentes debido a la heterogeneidad del manifestante (tal como sucede en las discontinuidades más evidentes que aparecen entre discurs-

el hecho de que, sobre la base del mismo criterio de segmentación y reducción, hemos pasado de una semiótica de los signos (Saussure) a una semiótica de las figuras (Hjelmslev)? Por otra parte, si hacemos a un lado las figuras, entonces las significaciones del arte abstracto también quedan excluidas, ya que no proponen el reconocimiento de los objetos figurativos sino sólo de rasgos que pueden significar sin hacer sistema (por evocación simbólica) o bien que constituyen sistemas mínimos (por realizaciones semi-simbólicas).

²⁹ Sin embargo, conviene precisar que Hjelmslev dejaba la tarea de estudiar las sustancias físicas o biológicas a disciplinas distintas de la semiótica, tales como la física y la biología.

sos, objetos y prácticas). Así, a pesar de la experiencia, según la cual el discurso está inscrito en un soporte y los soportes son cuerpos y, como tal, los cuerpos participan de las prácticas, los niveles estarían adaptados a cada semiótica específica, y ligados a un objeto específico. Una jerarquía elaborada *a priori* muestra límites, tal como sucede en el caso de las hipertesis donde la convivencia entre discurso, soporte y práctica es total. Como lo sugería Greimas, la heterogeneidad del manifestante en las semióticas sincréticas —y, si fuera este el caso, interactivas— encuentra en la experiencia del contenido y del acto su unidad inmanente. Es precisamente este último rasgo de la práctica interactiva el que caracteriza la navegación hipertextual respecto a la lectura analógica.

Por consiguiente, la inmanencia debería ser repensada en cuanto a su adecuación dinámica con las semióticas-objeto para poder indicarnos, conforme se va dando, el lugar y el orden mismo de los niveles de pertinencias convocados.³⁰ Gracias a estas oportunas precauciones, podemos pensar que, en semiótica, el plano de la inmanencia, más que multiplicado, está conformado “en capas”.

10. Inmanencia y experiencia

En *Prácticas semióticas*, las formas de vida constituyen el último nivel, plano de la inmanencia que, como diría Deleuze, contiene a los anteriores. A esta visión eminentemente cultural, sería acertado integrar la visión *natural* del ser humano que está propuesta en *Les âges de la vie*.³¹ Las prácticas y los estilos de

³⁰ En cuanto al nacimiento de nuevas semióticas, la teoría jamás es deductiva, sino que sigue siendo hipotético-deductiva cuando se debe elaborar categorías específicas para su análisis. Para un desarrollo del concepto de *adecuación*, ver Alessandro Zinna, “L'épistémologie de Hjelmslev: entre métalangage et opérations”, *Signata*, núm. 4, 2014.

³¹ Ivan Darrault-Harris et Jacques Fontanille (eds.), *Les âges de la vie. Sémiotique de la culture et du temps*, París, PUF, 2008.

vida se encargan paralelamente de la evolución biológica y del comportamiento, propios de los ciclos de la vida.

De tal manera que, si mediante el fundamento ético, los seres humanos se distinguen por su pertenencia a los grupos sociales y a las culturas, mediante el fundamento etológico, la pertenencia tiene lugar a través de la especie. La experiencia ética y etológica, contribuyen a formar lo que llamamos comúnmente el sentido de “una vida”. Después de haber explorado lo sensible,³² Gilles Deleuze da un título muy elocuente a su último escrito: “La inmanencia: una vida...”. Precisamente en estas páginas, el autor escribe: “Diremos de la inmanencia pura que es UNA VIDA. [...] una vida que no depende de un Ser y no está sometida a un Acto.”³³ Para Deleuze, el artículo indeterminado, colocado delante del sustantivo *vida*, indica que el plano puramente inmanente de la vida tiene que ser considerado como pre-individual (una vida) y al mismo tiempo singular (la singularidad de una vida).³⁴ Asimismo, Deleuze también dirá que una vida es la *inmanencia de la inmanencia*.

Ciertamente, en aquel breve ensayo, el autor regresa a su fenomenología de la experiencia:

Podemos siempre invocar un trascendente que caiga fuera del plano de la inmanencia, o incluso que se lo atribuya, sin embargo, no quita que toda trascendencia se constituya únicamente en la corriente inmanente de la consciencia propia de este plano. La trascendencia es siempre un producto de la inmanencia.³⁵

³² Gilles Deleuze, *Francis Bacon. Logique de la sensation*, París, Editions de la Différence, 1996.

³³ Gilles Deleuze, « L'immanence: une vie... », *Philosophie*, núm. 47, 1995, p. 4 [Traducción libre].

³⁴ Para un comentario desarrollado del ensayo de Deleuze, remitimos a la lectura de Giorgio Agamben, “L'immanence absolue”. En E. Alliez (ed.), *Gilles Deleuze. Une vie Philosophique*, París, Les Empêcheurs de tourner en rond, 1998, p. 165-188.

³⁵ Gilles Deleuze, *op. cit.* (ver nota 34), p. 6.

Y agrega: “Lo trascendente no es lo transcendental. Sin tomar en cuenta la conciencia, el campo transcendental se definiría como un plano de inmanencia puro, ya que escapa a toda transcendencia tanto del sujeto como del objeto.”³⁶ Dicha posición es la misma que fue planteada por primera vez en *Empirismo y subjetividad*,³⁷ misma que más adelante tomará el nombre de “empirismo transcendental” de Hume: las condiciones no son jamás generales sino que se declinan en función de los casos. Regresando a los modos de existencia que caracterizan la inmanencia, escribe:

[...] Lo que llamamos virtual no es algo que carece de realidad, sino que se encamina en un proceso de actualización siguiendo el plano que le da su realidad propia. El acontecimiento inmanente se actualiza en un estado de cosas y en un estado vívido que hacen que suceda. El plano mismo de inmanencia se actualiza en un Objeto y en un Sujeto a los cuales se atribuye. Pero, si bien son poco semejantes en su actualización, el plano de la inmanencia es el mismo virtual, ya que los acontecimientos que lo componen son virtualidades. Los acontecimientos o singularidades dan al plano toda su virtualidad, tal como el plano de la inmanencia da a los acontecimientos virtuales una realidad plena. El acontecimiento considerado como no actualizado (indefinido) no carece de nada.³⁸

La deontologización de la inmanencia realizada por Deleuze es evidente en este último pasaje: “El acontecimiento considerado como no actualizado (indefinido) no carece de nada”, posición que se adapta perfectamente a los eventos igualmente probables que no se realizan en los puntos de bifurcación de la historia.

³⁶ *Ibid.*, (ver nota 34), p. 4.

³⁷ Gilles Deleuze, *Empirismo y subjetividad (Ensayo sobre la naturaleza humana según Hume)*, Gedisa, 1981.

³⁸ *Op. cit.* (ver nota 34), pp. 6-7.

11. Los dos modelos de inmanencia en semiótica

La teoría semiótica y la teoría semántica encuentran un punto común de convergencia justamente en los modos de existencia indicados por Deleuze. Podríamos considerar ahora la virtualización y la actualización como las dos operaciones inmanentes por excelencia.

Al adoptar estas dos operaciones, la semántica de Rastier asegura que “el sentido no es inmanente al texto sino a la práctica de interpretación”.³⁹ Lo anterior no contradice el principio de la inmanencia, sino que lo coloca en el momento interpretativo. En la semántica de la recepción, la “virtualización” tiene un lugar específico: “la neutralización de un sema en contexto”, mientras que la “actualización” es una “operación interpretativa que permite identificar un sema en contexto”.⁴⁰ Ahora bien, si para Rastier los modos de existencia semióticos reflejan las operaciones interpretativas, en la concepción semiótica —de Hjelmslev, antes— y de Greimas, después— expresan la temporalidad del proyecto inmanente en cada uno de los planos. En ambos casos, las operaciones relativas a los modos de existencia no están puestas en tela de juicio. Dicho movimiento, el que según Hjelmslev y Deleuze conduce de lo virtual a su actualización, seguiría dos caminos distintos: el primero refleja el modelo de la percepción/interpretación, y, el segundo, la generación/producción del sentido.

En la primera hipótesis, el encuentro con una sustancia preexistente estimula el reconocimiento de las formas semánticas en la memoria según el modelo de semiosis que procede para la atribución de sentido. El manifestante es aquí lo que precede (*ab quo*):

Sustancia → ← Forma; operaciones : virtualizaciones → actualizaciones (→ atribuciones)

³⁹ François Rastier, *Artes y ciencias del texto*, op. cit., p. 78.

⁴⁰ François Rastier, *Sens et textualité*, París, Hachette, 1989 [Traducción libre].

Dicho modelo supone un tiempo operativo que antecede al encadenamiento sintagmático de la unidad en la lectura, así como a las consiguientes operaciones de virtualizaciones/actualizaciones y atribución del sentido.

En el segundo modelo, el productivo-generativo, la actualización no coincide con la semiosis, pero requiere una modalidad de existencia posterior, siendo que el manifestante ya no es dado y las operaciones se suceden para alcanzar la producción del sentido. En este caso, el manifestante es el que sigue (*ad quem*):

Forma → Sustancia → (Materia); operaciones : virtualizaciones → actualizaciones (→ realizaciones)

El primero de estos modelos opera una reducción de las sustancias para atribuirles las correspondientes formas perceptivas o semánticas en el momento del reconocimiento y de la concatenación de las unidades lexemáticas; en el segundo, el sentido se enriquece y se especifica de manera progresiva, de lo más constante a lo más variable, en vista de la realización monomodal o multimodal.⁴¹ Por consiguiente, las teorías inmanentes tienen en común las operaciones sobre los modos de existencia: todas proceden siguiendo las operaciones que van de la *virtualización* a la *actualización*. En definitiva, estas operaciones constituyen el mínimo denominador común de las teorías que se reclaman de la inmanencia. Entonces, el punto consiste en saber por qué privarse del inmanentismo si la posición interpretativa, o una posición más difuminada sobre la generatividad, no implica renunciar a las operaciones de virtualización y actualización del sentido.

⁴¹ Para una comparación más detallada entre los modelos interpretativos y productivos, nos remitimos a Alessandro Zinna, *op. cit.*, pp. 141-144.

Conclusiones

Esta revisión de algunas de las acepciones de la inmanencia nos ha permitido ver algunos lugares comunes, los cuales nos han hecho posible precisar los distintos sentidos que encierra el inmanentismo.

Por más que se quiera extremar la posición de clausura del objeto o limitar el análisis únicamente a la forma, estas dos acepciones —las que sólo permanecen como un antecedente temporal en la teoría de Hjelmslev— no constituyen la acepción que hoy se quiere preservar del inmanentismo. Si bien, en algunas de sus páginas, Greimas parece estar a favor de la clausura del texto (“¡fuera del texto no hay salvación!”), y sobre la cual se sigue debatiendo en cuanto al valor que se le quiere otorgar al término *texto*, en otras páginas, Greimas ha caracterizado la *inmanencia* poniéndola en oposición a la *manifestación*. La posición inmanentista actual parece más propensa a reconocer que las condiciones de posibilidad cambian según la dinámica de adecuación a las semióticas-objeto.⁴² Esto tiene como consecuencia que el metalenguaje no sea autónomo y deductivo sino que padezca las restricciones propias de las semióticas específicas. En definitiva, se trata de considerar la inmanencia como una propiedad que se ubica entre el metalenguaje y el lenguaje-objeto, en el sentido en el que Hjelmslev ya lo consideraba, es decir, donde el inmanentismo expresa la equidistancia entre el nominalismo del metalenguaje y el realismo de la propiedad del objeto.⁴³

Habiendo sentado estas oportunas premisas, me parece que querer desdibujar tal fundamento del edificio teórico no deja de

⁴² A ese respecto, como escribía Fontanille: “El principio de inmanencia es indisociable, como lo subrayamos, de la hipótesis de una actividad de esquematización y de modelización dinámica interna a las semióticas-objeto [...]”, *op. cit.*, p. 14.

⁴³ Dos críticas en sentido contrario han sido atribuidas a dicha posición de Hjelmslev: el nominalismo del metalenguaje (Brandt) y el realismo de la estructura (Eco).

tener efectos, ya que sustraer la inmanencia a la teoría semiótica tiene consecuencias sobre el mantenimiento mismo del edificio, comenzando por los modos de existencia semióticos. Así, si el futuro, tal como lo sostiene Guillaume, es un tiempo trascendente, el devenir del sentido —este momento que, en la actualización tanto interpretativa como en el complemento fenomenológico de la manifestación, pone cualquier proyecto entre el pasado y el futuro— debe permanecer inmanente. De cierta manera, querer separar la inmanencia del sentido equivale a separar la orientación del pensamiento.